

riencias del mas puro realismo. Aquel pueblo estremoso habia comenzado, en efecto, á degollar, para vengarse de los reveses de los ejércitos españoles, y despues del asesinato del desgraciado marqués de Perales en Madrid, y de don Juan Benito en Talavera, habia perpetrado en Ciudad-Real el de don Juan Duro, canónigo de Toledo y amigo del príncipe de la Paz, y en Alagon el del antiguo ministro de Hacienda Soler. Como no era posible que los ejércitos franceses se encontrasen en todas partes, las gentes honradas temblaban por sus personas y por sus bienes. Queriendo Napoleon hacer un severo ejemplar con los asesinos, habia ordenado en Valladolid el arresto de una docena de malvados, conocidos como autores de todos los crímenes, y con especialidad de la muerte del infortunado gobernador de Segovia don Miguel Ceballos, y los habia hecho ejecutar á pesar de las súplicas aparentes de los principales habitantes de Valladolid (1). Es preciso, le habia escrito diferen-

(1)

*Al rey de España*

«VALLADOLID, 12 de enero de 1809: á medio día.

«La operacion que ha hecho Belliard, es excelente. Es indispensable mandar ahorcar unos cuantos bribones. Mañana lo serán aqui por orden mia siete, cuya presencia tenia aterrorizados á los habitantes, los cuales los han denunciado en secreto, y empiezan á recobrar valor, asi que se han visto libres de ellos. Forzoso es hacer otro tanto en Madrid. No desembarazándose de un centenar de alborotadores y de ladrones, es como si nada hubiéramos hecho. De estos ciento mandad ahorcar ó fusilar doce ó quince, y mandad luego los demas á los presidios de Fran-

tes veces á su hermano, que empecéis por haceros temer, y procurar luego que os amen. Aqui me han pedido la gracia de algunos bandidos que habian perpetrado asesinatos ó robos, pero las gentes honradas se han manifestado muy contentas por no haberlo logrado, y despues todo ha vuelto á quedar

cia. Yo no he podido tener tranquilidad en mi imperio, hasta tanto que mandé arrestar doscientos vocingleros, y conducirlos á las colonias. Desde entonces el espíritu de la capital cambió como se cambian los telones al sonido de un silbato.

*Al rey de España.*

«VALLADOLID, 16 de enero de 1809.

«Los alcaldes de córte de Madrid han perdonado ó condenado solamente á presidio á los treinta bribones arrestados por órden de Belliard. Es preciso que sean juzgados de nuevo por una comision militar, y fusilar á los culpables. Dad órden inmediatamente de que los individuos de la inquisicion y del consejo de Castilla, detenidos en el Retiro, sean trasladados á Burgos, asi como tambien los cien bribones que Belliard ha mandado arrestar.

«Las cinco sextas partes de los habitantes de Madrid son buenas; pero las gentes honradas se exaltan á impulsos de la canalla. Aqui se me han dirigido las instancias mas vivas para obtener la gracia de los bandidos condenados; pero me he mostrado inexorable, he mandado que los ahorquen, y despues he sabido que en el fondo del corazon se han alegrado las personas honradas de ello. En los primeros momentos con especialidad, creo necesario que vuestro gobierno muestre un poco de rigor con la canalla, porque esta solo ama y estima á los que teme, y su temor puede por sí solo hacer que seais amado y estimado por la nacion entera.»

en órden. Si quereis gobernar, es preciso que seais justo á la par que fuerte, y en igual grado lo uno que lo otro. Napoleon habia exigido ademas que fuesen arrestados en Madrid un centenar de asesinos de los que degollaban á los franceses bajo pretexto de que eran estrangeros, y á los españoles bajo el de que eran traidores, prescribiendo al propio tiempo que se fusilase á algunos, y que estos actos se le imputasen á él solo, á fin de que sobre la clemencia notoria del nuevo rey, aplanase á los malvados el terror inspirado por el vencedor de la Europa.

Espedidas que fueron estas órdenes, Napoleon partió de Valladolid resuelto á atravesar la distancia que hay desde esta ciudad á Bayona á caballo, con el objeto de ganar tiempo. Habiéndole felicitado su hermano con motivo de las fiestas de principio de año en los siguientes términos: «Ruego á vuestra magestad que crea en mis votos sinceros, porque pacificada la Europa por vuestros desvelos en el curso de este año, haga justicia á vuestras intenciones», el emperador le respondió: «Os doy gracias por lo que me decis relativamente al buen año: no me atrevo, sin embargo, á esperar en que la Europa quede pacificada en el discurso de él, y lo espero tan poco, que acabo de espedir un decreto para levantar cien mil hombres. El odio de la Inglaterra y los acontecimientos de Constantinopla, dan motivo para presagiar que la hora de la tranquilidad y del reposo no ha sonado todavía!» No parece sino que estas rudas y melancólicas palabras eran un anuncio de las jornadas terribles de Essling y de Wagram. Napoleon partió de Valladolid el 17 de enero por la mañana con algunos de

sus edecanos, y escoltado por piquetes de la guardia imperial, que se habian escalonado anticipadamente de Valladolid á Bayona. El emperador recorrió á caballo la distancia que media entre ambas ciudades, é iba diciendo por todas partes que solo tardaria en volver unos veinte dias. A su mismo hermano le prometió regresar antes de un mes, si no se empeñaba en una guerra con el Austria.

Inmediatamente que el rey José tuvo permiso de establecerse en Madrid, hizo los preparativos para verificar su entrada solemne en la capital. Amaba el boato como todos los hermanos del emperador, los cuales se veian reducidos á buscar en esteriore pompas lo que aquel encontraba en su gloria. José carecia de dinero, y habia obtenido de su hermano Napoleon 8.000,000 de reales en efectivo á cuenta de las lanas confiscadas, de las cuales debia corresponder tambien su parte al tesoro español. Para proporcionarse este numerario, Napoleon habia hecho acuñar con el busto del nuevo rey parte de la mucha plata estraida de las casas de los principales señores del reino, cuyos bienes habia secuestrado para castigar su traicion. El rey José deseaba, sin embargo, volver á presentarse en la capital bajo los auspicios de algun brillante triunfo. La espulsion de los ingleses del territorio español á consecuencia de la batalla de la Coruña, la cual se describia de modo que pareciese desastrosa para ellos, era ya de suyo un hecho de armas que metia mucho ruido, y suficiente para que se perdiera toda confianza en el apoyo de la Inglaterra. Mas como de un dia á otro se esperaba ademas la noticia de la victoria del mariscal Victor contra los restos del ejército de Castaños retirada

do en Cuenca, José dispuso todos los preparativos para entrar en Madrid cuando se tuviese conocimiento de este nuevo triunfo. La toma de Zaragoza hubiera sido seguramente el mas feliz de los acontecimientos de este género; pero la extraordinaria obstinacion de aquella ciudad no permitia confiar en que se realizase tan pronto.

Efectivamente; el mariscal Victor habia marchado con las divisiones Villatte y Ruffin sobre el Tajo, y se habia dirigido por su izquierda sobre Tarancon, á fin de salir al encuentro de las tropas que avanzaban desde Cuenca. He aqui lo que motivaba aquella especie de movimiento ofensivo del antiguo ejército de Castaños, confiado despues de la desgracia de este al general Peña, y recientemente al duque del Infantado.

Cuando el general Moore, asustado de su propio intento, habia avanzado sobre el camino de Burgos para amenazar, segun él decia, las comunicaciones del enemigo, y en realidad para aproximarse al camino de la Coruña, tuvo miedo de que se vinieran sobre su ejército todas las fuerzas de Napoleon, y á fin de evitarlo pidió que las tropas de Mediodía hiciesen una demostracion sobre Madrid con el objeto de llamar hácia aquella parte la atencion de los franceses. La Junta central, que era incapaz de todo punto para el mando, y la cual solo sabia transmitir las peticiones de refuerzo que los cuerpos insurgentes se dirigian unos á otros, habia estrechado vivamente al ejército de Cuenca á que operase algun movimiento en el sentido indicado por el general Moore. El duque del Infantado, tan poco dichoso constantemente asi en la guerra como en política, se habia apresurado á

mandar sobre el camino de Aranjuez parte de sus tropas. Habiendo recibido de manos del general Peña el mando del ejército, cuando éste se hallaba reducido á ocho ó nueve mil hombres, indisciplinados y llenos de desaliento, logró restablecer un poco el orden entre ellos, y fué aumentándolos sucesivamente, con los fugitivos primero, y despues con algunos destacamentos procedentes de Granada, Murcia y Valencia, hasta reunir unos veinte mil. Escitado por los despachos de la Junta central, habia dirigido catorce ó quince mil hombres sobre Uclés, y confiando el mando de esta fuerza, que formaba el grueso de su ejército, al general Venegas, cuyo comportamiento en la retirada de Calatayud habia revelado cierta energia, se propuso seguirlo con una retaguardia de cinco á seis mil hombres.

Teniendo el mariscal Victor á su disposicion la division Ruffin, merced á la llegada de la division Dessoles á la capital, la habia encaminado inmediatamente sobre Aranjuez á fin de que se incorporase con la division Villatte, la cual se hallaba á las orillas del Tajo con los dragones de Latour-Maubourg. El 12 de enero dirigió sus dos divisiones de dragones y de infanteria sobre Tarancon, presentando en junto unos doce mil combatientes de los mejores de Europa, y capaces de destrozár un número de españoles, triple ó cuádruple que aquel con el cual tenia que habérselas.

Sabiendo se hallaban los españoles en Uclés, situados sobre una posicion bastante fuerte ocurriosele la idea de no oponerles mas que los dragones Latour-Maubourg, á fin de que la division Ruffin fuese á cortarles la retirada de manera que no pudiese es-

caparse ni uno, haciendo por su izquierda un rodeo al través de las montañas de Alcázar.

El 13 por la mañana avanzó valientemente la division Villatte sobre Uclés. La posicion consistia en dos puntos elevados, entre los cuales se halla situada aquella pequeña ciudad; los españoles tenían apoyados sus flancos en estas dos alturas, y el centro en la poblacion. El general Villatte los atacó vigorosamente con sus regimientos aguerridos, y los desalojó de las posiciones. Mientras que el 27.<sup>o</sup> de ligeros arrollaba la derecha de los españoles, el 63.<sup>o</sup> de línea tomó por asalto la ciudad de Uclés, y pasó por las armas cerca de dos mil enemigos, incluso los frailes del convento, que habian hecho fuego sobre nuestras tropas. El 94.<sup>o</sup> y el 95.<sup>o</sup> que maniobraban por nuestra derecha para conseguir rodear á los españoles, los obligaron á retirarse sobre Carrascosa, donde les aguardaba la division Ruffin en los desfiladeros de las montañas de Alcázar. Aquellos desgraciados encontraron, en efecto, cuando huian hácia este lado, á la division Ruffin que iba á arrojarlos sobre ellos por un desfiladero angosto, y á fuer de gente determinada, tomaron su posicion para defenderse. Atacados, empero, de frente por el 9.<sup>o</sup> de ligeros y el 96.<sup>o</sup> de línea, y rodeados por el 24.<sup>o</sup>, viéronse obligados á rendir las armas. Intentando parte de ellos ganar el desfiladero mismo por donde habia desembocado la division Ruffin, faltó poco para que se salvaran por aquella salida, ocupada únicamente entonces por la artillería del general Senar-mont, que se habia quedado atrás á causa del mal estado de los caminos; pero mostrando este gefe la misma resolucion é inteligencia que en Friedland,

imaginó formar su artillería en cuadro, y disparando en todas direcciones, detuvo á la columna fugitiva, la cual volvió á ser rechazada sobre las bayonetas de la division Ruffin. Trece mil hombres, con corta diferencia, depusieron las armas á consecuencia de esta operacion brillante, y entregaron treinta banderas y un numeroso tren de artillería.

El mariscal Victor corrió, sin perder un instante sobre Cuenca, á fin de alcanzar lo poco que restaba del cuerpo de ejército del duque del Infantado. Pero éste habia huido precipitadamente sobre el camino de Valencia, dejando en nuestro poder los heridos, los enfermos y el material, y nuestros dragones recogieron los restos, acuchillando á centenares de hombres.

Despues de este hecho de armas, era de presumir que se gozaria por largo tiempo en la corte de reposo, y la victoria de Uclés probaba que no debia costar tampoco gran trabajo el invadir el Mediodía de la Península. Esto no obstante, todavía no era ocasion de pensar en ello. Era preciso que primero se estableciese José en Madrid, que descansase el ejército, y que fuese tomada Zaragoza. Los acontecimientos de la Coruña eran ya conocidos de todo el mundo. Sabiase que los ingleses se habian retirado en desorden, abandonando todo su material, y despues de haber perdido en los caminos ó en el campo de batalla la cuarta parte de sus tropas, sus principales oficiales, y su general en gefe. La captura en Uclés de un ejército español entero, verdadero simil de la de Bailen, si la captura de un ejército francés hubiese podido producir el mismo efecto; era un nuevo trofeo para adornar la entrada de José en Madrid. Queriendo Napoleon que

esta entrada tuviese algo de triunfal, habia colocado cerca de su hermano la division Dessoles y la division Sebastiani, para que tuviese consigo las mejoras tropas del ejército francés, y no se presentase en medio de los españoles sino rodeado de las legiones aguerridas que habian vencido á la Europa.—*Yo les habia enviado corderos*, decia refiriéndose á los jóvenes soldados de Dupont, *y los devoraron: pues ahora les mandaré lobos para que á su vez los devoren.*—A la cabeza de tales soldados fué como José entró en Madrid el 22 de enero, saludado por las campanas, recibido con salvas de cañón, y á presencia de los habitantes de la capital, los cuales, sometidos por la victoria, casi resignados con la nueva monarquía, y resentidos siempre en el fondo del corazón, preferian, por decirlo así, la dominacion de los franceses á la del populacho sanguinario, que poco tiempo antes habia asesinado al marqués de Perales. La plebe proseguia irritada, y era por lo tanto temible. Acabábase, empero, de arrestar á un centenar de sus gefes mas conocidos por sus crímenes, y en el Retiro, situado frente por frente de Madrid, se elevaba una fortaleza formidable, erizada de cañones, y á propósito para reducir á cenizas en pocas horas la capital de las Españas. José fué, pues, recibido con bastantes miramientos y hasta con cierta satisfaccion por parte de los habitantes pacíficos, al paso que con una concentrada rabia por el populacho, el cual se consideraba destronado con el advenimiento de un gobierno regular, porque es de advertir, que lo que él deploraba, era mas bien la caída de su reinado que la monarquía de Fernando VII. José se dirigió á palacio, donde acudieron á visitarle las

autoridades civiles y militares, el clero, y todos aquellos grandes de España, y personages visibles que no habian podido ó no habian querido abandonar á Madrid. De tal manera habia cundido la fama de José como protector de los españoles cerca del conquistador que habia extendido sobre ellos su brazo terrible, que no se consideraba como un crimen el ir á visitarle. En el fondo, sin embargo, (tal es el prestigio de la gloria) estabase mas cerca de amar, si es que se habia amado alguna cosa en la corte de España, la importante grandeza de Napoleón, que la indulgente debilidad de José: y si bien esta era el pretesto, la otra era en cambio el verdadero motivo por el cual se rendian muchos mas homenajes á los pies del nuevo monarca,

El rey José, por tanto, reunió en torno suyo una corte asaz numerosa para que dejara de serle licito creer que se hallaba sólidamente establecido. El célebre Tomás de Morla aceptó de él funciones. Además, habíase acudido al monarca en solicitud de que aligerase el peso de ciertas condenas, y recibió tambien mas de un aviso de Sevilla, referente á que no seria de todo punto imposible tratar con la Andalucía, porque es de advertir, que la Junta central, además de hallarse en el último grado del desprecio por su manera de gobernar, habia perdido á su presidente, el ilustre Florida Blanca, que era el único que la prestaba algun brillo. De consiguiente, aquellos á quienes no es dable penetrar los secretos del destino, nada tenia de extraño que se engañasen sobre la suerte de la nueva dinastía impuesta á la España, y podia creerse muy bien asimismo, que empezaba á establecerse y consolidarse como las de Nápoles, Holanda y Cassal.

En medio de estas apariencias de sumision, un solo acontecimiento, constantemente anunciado, pero demasiado lento en consumarse, el de la toma de Zaragoza tenia suspensos los animos, y dejaba abrigar todavia á los españoles tenaces en la resistencia, alguna esperanza. Con efecto, si bien es verdad que hemos visto á los insurgentes huir en la llanura, sin curarse lo mas mínimo ni de su honra militar ni de su antigua gloria, tambien lo es que se borraban en Zaragoza todas las humillaciones que habian sufrido sus armas, oponiendo á nuestros soldados la defensa mas gloriosa que ciudad alguna sitiada haya opuesto jamás á la invasion estrangera.

El lector conoce ya los retardos inevitables que produjera en el sitio de Zaragoza el movimiento cruzado de nuestras tropas por las comarcas de esta plaza. Aun cuando la victoria de Tudela, que habia abierto las puertas de Aragon á nuestros soldados, y suprimido toda clase de obstáculos entre Pamplona y Zaragoza, fué alcanzada el 23 de noviembre, el mariscal Moncey, privado en un principio de la mejor parte de sus tropas por el envio de dos divisiones en persecucion de Castaños, reforzado en seguida por el mariscal Ney, y abandonado por éste en el momento en que iba á atacar las posiciones exteriores de Zaragoza, no habia podido aproximarse á la ciudad hasta el 10 de diciembre. Auxiliado al fin, en 19 del mismo por el mariscal Mortier, el cual tenia orden de cubrir el sitio, y aun de secundar á las tropas sitiadoras en ocasiones graves sin fatigar á su gente ni con los ataques ni con los trabajos, habia aprovechado esta limitada cooperacion para estrechar la

plaza y apoderarse de las posiciones exteriores. La division Grandjeau habia ocupado en 24 de diciembre por medio de una maniobra tan osada como habil el Monte Torrero, altura que domina la ciudad de Zaragoza, y sobre la cual habian erigido los aragoneses algunas fortificaciones, mientras que la division Suchet, del cuerpo de ejército de Mortier, se hacia dueña de las eminencias de San Lamberto sobre la margen derecha del Ebro, y la division Gazan, perteneciente al cuerpo mencionado, se apoderaba de la posicion de San Gregorio, obligaba al enemigo á replegarse en el arrabal, y cogia ó fusilaba quinientos suizos que habian permanecido fieles á la España. De resultas de esta jornada decidiéronse los aragoneses á encerrarse en la ciudad misma, y desde entonces pudimos ya por nuestra parte dar principio á los trabajos de aproximacion. Asi que el mariscal Mortier acabó de prestar este auxilio al tercer cuerpo, volvió á recobrar su papel de auxiliar, que se limitaba únicamente á cubrir el sitio, y dejando á la division Gazan sobre la izquierda del Ebro para que bloquease el arrabal situado en esta orilla, pasó sobre la margen derecha con la division Suchet, y fué á tomar posicion lejos de los ataques, en Calatayud, á fin de estorbar cualquiera tentativa que quisiesen hacer los españoles, ora acercándose del lado de Valencia, ora por el centro de la España. Ciertamente que esta determinacion bastaba para ligar las operaciones de Zaragoza con el conjunto de nuestras operaciones en la Peninsula; pero era muy poco para la continuacion activa del sitio, mediante á que el tercer cuerpo de ejército, formado despues de la partida de la division

Lagrange, de las tres divisiones Morlot, Musnier y Grandjeau, contaba únicamente con catorce mil hombres de infantería, dos mil de caballería, cuatro mil de artillería, y otros mil de ingenieros. Atendidas por tanto, las dificultades que habia que vencer, hubiera sido preciso poder servirse ademas de los ocho mil hombres de la division Gazan, destinada al bloqueo del arrabal de la orilla izquierda sin atacarlo, y de los nueve mil soldados de la division Suchet, que se hallaban situados en las cercanías de Calatayud, á unas veinte leguas de distancia. Esta disposicion, ordenada desde bastante lejos por Napoleon, cuyos deseos eran que el cuerpo de Mortier se hallase siempre fresco y disponible para utilizarlo en cualquier otro punto, tenia el inconveniente peculiar de los planes concebidos á larga distancia, ó sea el de no adaptarse bien con el estado verdadero de las cosas. Repetimos, pues, que no hubieran sido fuerzas demasiadas para el sitio de Zaragoza, los treinta y seis ó treinta y ocho mil hombres que componian los dos cuerpos de ejército reunidos.

Tanto los españoles como los franceses aprovecharon todas estas dilaciones para preparar los mas terribles medios de ataque y de defensa, asi dentro como fuera de la ciudad. Enorgullecidos los aragoneses con la resistencia que habian opuesto en el año anterior y sabiendo ya á que atenerse sobre la fortaleza de sus murallas, se hallaban resueltos á vengarse por medio de la defensa de su capital de todos los reveses que sufrieran en campo raso. Despues de la accion de Tudela, habianse retirado en número de veinte y cinco mil hombres á la plaza, llevándose en pos quince ó veinte mil pai-

sanos, fanáticos en extremo, escelentes tiradores, y muy capaces para matar uno á uno desde lo alto de un tejado ó de una ventana, á aquellos mismos soldados ante los cuales huian en la llanura. Habianse agregado, ademas, á ellos una multitud de campesinos, á quienes el terror obligaba á alejarse de modo, que la ciudad de Zaragoza, cuyo número de moradores en tiempos normales no excedia de cuarenta ó cincuenta mil, contaba á la sazón dentro de sus muros con mas de cien mil almas.

Palafox continuaba encargado del mando de ella. Bizarro, presuntuoso, poco inteligente, pero ilustrado por dos frailes hábiles, y secundado por dos hermanos que le eran muy adictos, el marqués de Lazan y Francisco Palafox, ejercia sobre el pueblo aragonés un imperio sin límites, y principalmente despues que se habia sabido, que á la prudencia de Castaños, la cual se calificaba de traicion, habia opuesto siempre un ardor temerario, que se calificaba de heroismo. Los habitantes pacíficos de Zaragoza iban, pues, á ser sacrificados cruelmente en aquel sitio horrible, al furor de la multitud, la cual gobernaba por medio de dos frailes á Palafox, la ciudad y el ejército. El miedo mismo de los habitantes de las inmediaciones, los cuales se llevaban consigo cuanto tenian al ir á encerrarse en Zaragoza, dió margen á que se reuniesen en la ciudad grandes abastos de trigo, vinos y carnes. Los ingleses les habian enviado ademas abundantes municiones de guerra, y tenian, por tanto, todos los medios posibles para prolongar indefinidamente su resistencia. A fin de que esta fuese de mas duracion, habianse erigido en las plazas públicas

algunas horcas, y amenazado con ejecutar en ellas á todo aquel que hablara de rendirse. Nada, en fin, se habia descuidado para añadir á la constancia natural de los españoles y á su verdadero patriotismo, el apoyo de un patriotismo bárbaro y fanático.

En el ejército de Aragon, que se hallaba encerrado dentro de los muros de Zaragoza, encontrábase numerosos destacamentos de tropas de línea, y muchos oficiales de ingenieros de capacidad nada comun y en extremo adictos á la causa de su país. En las antiguas naciones militares, cuyo valor primitivo ha degeuerado, los cuerpos facultativos son siempre los que caminan con mas lentitud hácia la decadencia. Los ingenieros españoles, que tan hábiles eran en los siglos XVI y XVII habian conservado parte de su antiguo merito, y lo probaron erigiendo en las afueras de Zaragoza fortificaciones numerosas y temibles.

Esta plaza, como ya hemos dicho anteriormente (libro XXXI) no estaba fortificada en regla; pero su situacion y la naturaleza de sus construcciones podian convertirla en una de las mas importantes y de las difíciles de expugnar, en manos de un pueblo resuelto á defenderla hasta morir. Rodeábala una muralla sin baluartes ni terraplenes; mas en cambio hallabase defendida por un lado con el Ebro, en cuya margen derecha está situada, sin tener en la orilla izquierda mas que un arrabal, y por el otro con una porcion de vastos edificios, tales como la casa de la Inquisicion, y los conventos de Capuchinos, Santa Engracia, San José, los Agustinos, y Santa Mónica, verdaderas fortalezas en las cuales era preciso hacer brecha

para penetrar, y cuyas avenidas se hallaban resguardas por el Huerva, pequeño rio de profundo cauce, el cual baña la mitad del recinto de Zaragoza antes de desaguar en el Ebro. En lo interior de la ciudad habia tambien vastos conventos tan sólidos como los de afuera, y grandes casas macizas, cuadradas, con las luces al Mediodía, y destinadas de antemano á la destruccion, por cuanto era cosa decidida, que asi que fuesen forzadas las defensas exteriores, se haria de cada edificio una ciudadela, la cual se habia de sostener hasta el último extremo. Todas las casas se hallaban aspillaradas, y agugereadas interiormente para facilitar la comunicacion de unas á otras, y las calles obstruidas con trincheras abundantemente provistas de cañones. Pero los defensores de Zaragoza estaban persuadidos de que antes de reducirse á esta defensa interior, podrian mantenerse largo tiempo en los trabajos ejecutados en las afueras, los cuales eran seguramente de un valor real.

Entre el Ebro y la casa de la Inquisicion, situada al margen de este rio, habiase levantado en frente de la posicion ocupada por nuestra izquierda, para suplir el trozo de muralla que ya no existia, un muro de piedra con terraplenes, el cual se estendia desde la casa de la Inquisicion hasta los conventos de Capuchinos y de Santa Engracia. Por este lado la ciudad presentaba un ángulo saliente, y el pequeño rio Huerva la bañaba con sus aguas hasta el Ebro inferior, delante de nuestra ala izquierda. En el punto donde el Huerva toca á la ciudad, habiase construido un ante-puente de forma cuadrangular y fuertemente atrincherado. Siguiendo el Huerva por esta parte, y sobre este rio



mismo, hallábase delante de su cauce el convento de San José, verdadera fortaleza de cuatro fachadas, la cual habian rodeado de un foso y de un terraplen. Detrás de esta línea encontrábase un trozo de muralla terraplenada por algunos puntos, y erizado todo él de artillería. Ciento cincuenta cañones cubrian estas diversas obras. Preciso era, por tanto, para apoderarse de la ciudad, forzar la línea de los conventos y del Huerva; luego el muro terraplenado, y despues de este muro las casas, tomándolas sucesivamente bajo el fuego de cuarenta mil defensores, soldados medianos, si se quiere, unos, paisanos fanáticos otros, pero de un valor á prueba detrás de las murallas, provistos todos de municiones, y todos resueltos á dejar destruir una poblacion, que no era suya, sino de los habitantes trémulos y sumisos. La supersticion, por último, que todos tenian hacia una catedral antiquísima bajo la advocacion de *Nuestra Señora del Pilar*, les persuadia de que los franceses se estrellarian contra la proteccion milagrosa de la Virgen.

Descontando, por nuestra parte, los ocho mil hombres de la division Gazan, cuya mision era únicamente observar el arrabal de la orilla izquierda, y los nueve mil de la division Suchet situados en Calatayud, quedaban al general Junot, que acababa de tomar el mando en jefe, para sitiar aquella plaza custodiada por cuarenta mil defensores, catorce mil infantes, dos mil artilleros ó ingenieros, y dos mil ginetes, soldados admirables todos, asi los franceses como los polacos, y los aguerridos como los reclutas, á las órdenes de oficiales sin segundo como podrá juzgarse bien pronto.

El comandante general de los ingenieros era el general Lacoste, edecan del emperador, oficial de gran mérito, activo, infatigable y fecundo en recursos, cuyos esfuerzos secundaban el coronel del mismo cuerpo Rognat, y el comandante de batallón Haxo, el cual llegó á ser con el tiempo un general ilustre. Unos cuarenta oficiales, distinguidísimos por su bravura y por su instruccion, completaban este personal. El general Lacoste, lejos de desaprovechar para los trabajos de su arma el mes trascorrido en marchas y contramarchas de tropas, habia hecho trasladar por tierra desde Pamplona á Tudela y desde Tudela á Zaragoza por el canal de Aragon, veinte mil herramientas, cien mil sacos y sesenta cañones de grueso calibre. Al propio tiempo, y auxiliado perfectamente por el general de artillería Dedon en todas estas operaciones, habia empleado á sus soldados de ingenieros en construir millares de gabiones y faginas.

Del 29 al 30 de diciembre, y mientras que Napoleon perseguia á los ingleses mas alla de los montes de Guadarrama, en tanto que los mariscales Victor y Lefebvre rechazaban á los españoles en la Mancha y en Estremadura, y el general Saint-Cyr acababa de hacerse dueño de la campaña en Cataluña, el general Lacoste, de acuerdo con el general Junot, erigió la trinchera á la distancia de unas 460 toesas de la primera línea de defensa, la cual consistia, como ya hemos dicho, en conventos fortificados, en trozos de muralla terraplenada, y en una parte del cauce del Huerva. Habia además conseguido que fuese adoptado el proyecto de tres ataques, dirigidos en la forma siguiente: el primero á la izquierda y por delante